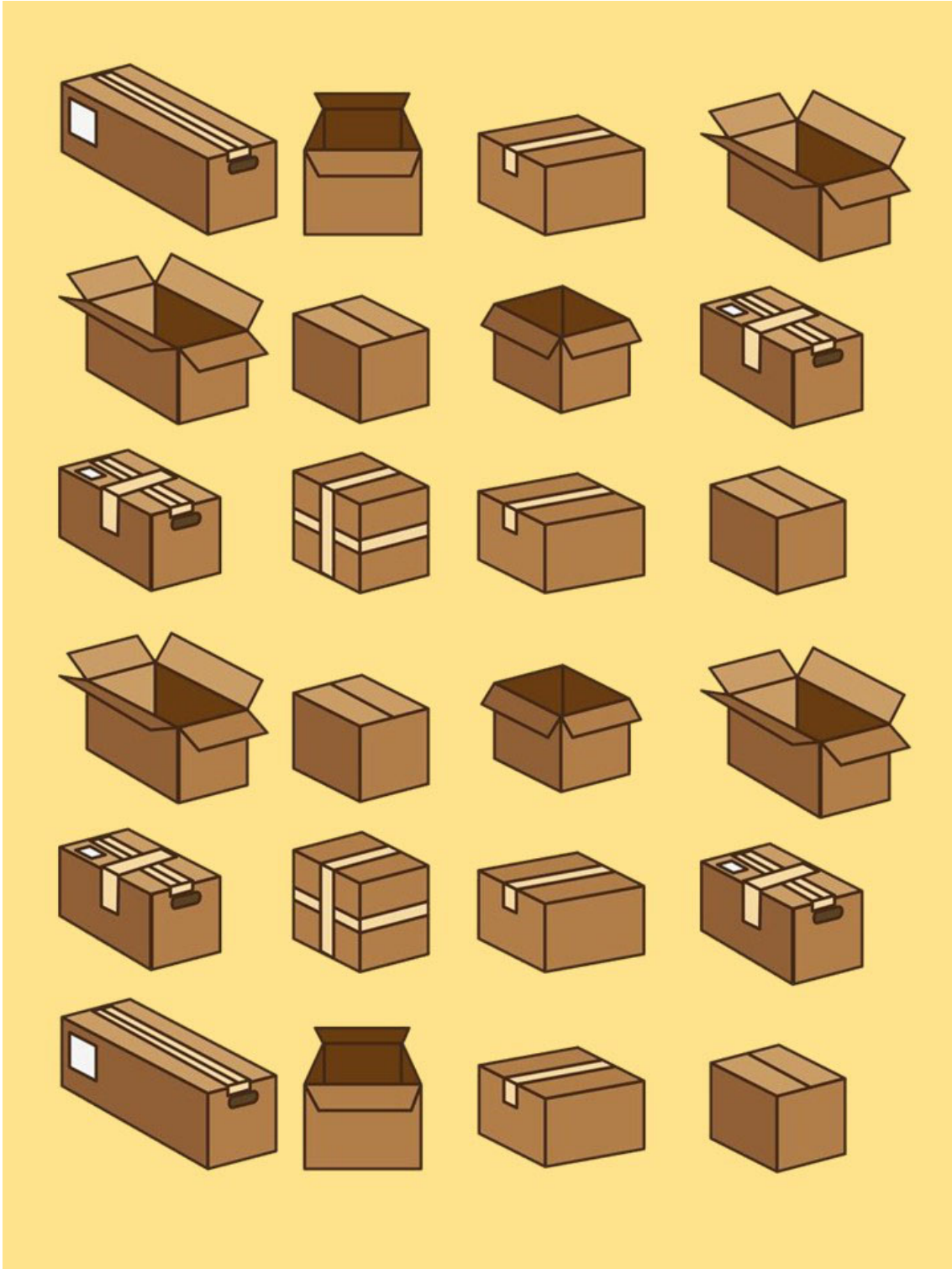


¿Podría ayudarme un momento?

Felipe Trigo



Capítulo 1

Serían las tres de la tarde cuando Mario dobló la esquina y vio que unos tipos de overol descargaban un camión de mudanzas justo afuera de su casa. Volvía de pasear a su perro, que lo seguía detrás sujeto a la correa del arnés. Sin detenerse, Mario se hizo una visera con la mano; el sol pegaba fuerte y rebotaba sobre las caras blancas del contenedor metálico, que temblaba a causa del molesto traqueteo del motor prendido. Más cerca, vio que un costado del vehículo estaba sobre la vereda y que una de las ruedas había patinado en el cuadrado de pasto que a veces regaba por las noches.

Los de overol acarreaban bultos y cajas desde el interior, tirándose chistes que Mario no lograba escuchar a causa del molesto rugido que retumbaba con más fuerza allí que en cualquier otro lugar. Rodeó la cola del vehículo y vio una pila de cajas que tapaba la entrada de su casa. Esperó a que dos de los tipos que cargaban un sofá avanzaran por el espacio que había quedado entre la línea de casas y la cara del contenedor, que no tendría dos metros de ancho. Luego se metió detrás y se quedó parado un momento con el perro echado a sus pies. Buscó al chofer para tratar de abordar la situación de alguna forma. Lo vio adelante con medio cuerpo fuera de la ventanilla, empinándose una lata de bebida mientras miraba la situación sin ánimos de hacer nada al respecto. Había también una pareja en el antejardín vecino. Estaban de pie hacia un rincón del lugar. Se hablaban de cerca, uno en frente de otro. El tipo era alto. Maceteado. Más bien gordo, con cierta manía de llevar sus grandes manos a la boca para limpiarse las comisuras. La mujer que lo escuchaba era joven. Tenía melena a medio cuello y a momentos deslizaba sus dedos por un mechón que le caía por delante de la cara.

Mario supo que eran los nuevos propietarios, así que se acercó un poco más, tanto para dar la impresión del buen vecino que recibe a los nuevos, como para que el gordo o ella mandaran a mover el camión y las cajas amontonadas frente a su puerta. De pronto dos de overol comenzaron a maniobrar un tocador de madera barnizada con espejos. Una de las puertas se abrió y el gordo levantó la vista rápidamente. Les gritó un par de indicaciones y luego le siguió hablando a la mujer, mientras esta había comenzado a menear la cabeza y a mirar hacia otro lado. En ese momento el gordo se percató de que Mario husmeaba, pero le echó una mirada encima sin inmutarse. La mujer se volteó y miró de reojo. Mario vio que lloraba. Luego ella entró a la casa. El tipo se quedó ahí mirándola y sacó su teléfono del bolsillo para atender una llamada.

Mario esperó de pie. Al no ver respuesta, no supo bien qué hacer. Su perro pegó la nariz al piso y comenzó a dar vueltas. Estuvo así hasta que llegó a oler las cajas de la puerta. Mario estiró la correa y el animal regresó detrás de sus piernas. Cuando al fin pensó en ir donde el gordo y

pedirle que hiciera algo, se le cruzó por delante uno de los sujetos de overol que cargaba sobre sus hombros el tablero de una mesa. Bufaba con las mejillas infladas y unas gotas aceitosas resbalaban por sus sienes. Un jockey desteñido le hacía sombra en los ojos. Mario se hizo a un lado y luego a otro. El sujeto no se movió. Mario se apegó finalmente al metal del contenedor. El perro siguió al dueño en todos esos movimientos y después volvió a sentarse. El de overol avanzó y murmuró algo. Mario desatendió y quiso buscar al gordo, que ya se había metido a la casa.

No paso un instante cuando el animal soltó una mancha de excremento que se pegó al piso, y que era demasiado líquida para usar la bolsa. Mario se dio cuenta después, cuando quizá el mismo que cargaba el tablero había pisado la plasta, esparciéndola desde afuera hasta el interior de la casa vacía. Una o dos veces por lo menos. Mario atinó a tomar al perro, que no era muy grande. Lo mantuvo en sus brazos. Se disculparía. Pero también estaba allí para que de una vez alguien hiciera lo que debía y desocuparan la entrada a su casa. De pronto sintió calor; el sol que le daba en la cara, mezclado al pesado humo que brotaba a intervalos desde el escape del camión, provocaba en él una molesta sensación de sopor. Además los tipos de overol no dejaban de andar de un lado hacia otro. Mario veía que levantaban cosas, caminaban y las dejaban. Reían. Y volvían a lo mismo, sin detenerse y sin mirar a nadie, salvo a ellos mismos para no chocar, como si hubieran armado una absurda puesta en escena. No pasó mucho cuando vio que el tipo gordo volvió a aparecer y caminaba hacia él.

—¿Vas a limpiar esto? —dijo al llegar, mientras apretaba el teléfono contra su pecho, como si no quisiera que lo escucharan del otro lado.

Mario inclinó la cabeza para intentar mitigar el rugido del camión.

—¿Disculpa?

—Que si vas a limpiar la cagada —gritó el tipo. perro había comenzado a inquietarse en los brazos de Mario, y aunque él trataba de sostenerlo de alguna manera, el animal de todas formas resbalaba. De pronto sintió cómo unas gotas de sudor poblaban su frente. Tenía sed. El bramido del motor, que persistía en el aire, parecía tragarse las palabras.

—Sí, lo voy a hacer. Pero las cajas están tapando mi puerta y necesito entrar —dijo Mario.

—¿Ah?

—Que sí. Sí voy a limpiar.

—Adentro también hay caca de perro. Por todo el piso —insistió el otro sin querer escucharlo, después de haber secado rápidamente la saliva de sus

comisuras con los dedos abiertos.

—¿Cómo?

—Que adentro —repitió el hombre, irritado—. Que el piso de mi casa está lleno de caca. En ese momento ya se había acercado lo suficiente como para que el perro estirara el cuello y le lamiera la cara. Cosa que por suerte no ocurrió, aunque se quedó mirando a Mario como si se contuviera con todas sus fuerzas de darle un puñetazo justo en la nariz.

Mario sintió la tensión. De todas formas creyó que llegar a las manos con el gordo, en esta situación, sería mucho. Una cosa de locos. En ese momento la mujer salió de la casa, se detuvo a mitad de camino y le gritó algo al tipo, que primero no hizo caso, pero que después del segundo llamado dio media vuelta y, esquivando a los de overol, le dijo algo a la mujer mientras llegaba hasta la puerta del camión, donde golpeó con el revés del puño. El chofer estiró el cuello desde el interior y luego de un instante el ruido se hizo todavía más intenso, con lo que la máquina se deslizó unos metros adelante. El motor se apagó de una vez y el bullicio se disipó en el aire. Mario sintió un alivio repentino, como si hubieran dejado de golpearle la cabeza. Escuchó con claridad las voces que hacían eco dentro de la casa vacía y el canto de unos gorriones que limpiaban sus plumas apoyados en los cables de luz. Al devolverse, el gordo siquiera lo miró y pasó directo a la casa detrás de la mujer. Al momento salieron dos sujetos flacos, de los de overol, que pasaron por delante y movieron las cajas hacia un costado. Él los miró con el perro entre sus brazos, que se retorció para bajar. Sintió que todo su cuerpo estaba contraído. Inspiró profundamente y luego soltó el aire por la boca. Creyó tranquilizarse y por un momento pensó en la extraordinaria facilidad de cómo se había fregado todo con los nuevos. Puso al animal otra vez a caminar, dio el último vistazo y se metió a su casa.

Colgó las llaves detrás de la puerta y soltó al perro. El bochorno acaloraba el interior, que estaba en penumbra; la luz apenas se filtraba a través de las cortinas cerradas. Fue hasta ellas y las recogió hacia los costados. Luego abrió las dos hojas del ventanal y una brisa templada se metió adentro. El perro fue hacia su plato de comida y esperó a Mario sentado allí, quien lo miró con rabia. Y si bien quiso castigarlo de alguna forma, no pudo hacerlo. Simplemente no se lo podía culpar. Entonces fue y sacó una bolsa de comida de la despensa. Vació dos puñados en el plato y después se secó el sudor de la frente con el revés de la palma. Luego fue al refrigerador, abrió una cerveza y, mientras pensaba en lo inquietante que le resultaba la idea de que tendría a ese tipo como vecino de ahora en adelante, dio un par de sorbos que le helaron la garganta.

No debería demorarse en crecer, pensó Mario, después de tapar las pequeñas semillas bajo una delgada capa de tierra que emparejó con una pala de mano. Se encargó él mismo de arreglar el destrozo que el camión

dejó por lo de la mudanza. Había guardado semillas y un poco de tierra preparada desde la última vez que reemplazó unos manchones de pasto seco. A esas alturas ya había olvidado lo de ayer. O había preferido hacerlo. Si bien recordó un par de veces la actitud prepotente del gordo, lo dejó así. Ya pasó, se dijo, ¿y qué? Desde ayer que no había vuelto a ver al tipo y eso parecía alegrarlo. A la mujer tampoco. Aunque sí los había oído hablar a través de las paredes, o que seguían ordenando las cosas de la mudanza. Quizá ellos no pasaban mucho en la casa. No lo sabía ni le importaba. Terminó de echar el agua de la regadera y creyó sentirse satisfecho. Se levantó y llamó al perro que había corrido hasta la otra esquina. El animal miró desde allá como si quisiera burlarse. Pero no demoró en llegar tras la segunda advertencia. Entró primero, y antes de meterse tras él, Mario vio encenderse una luz en el primer piso de la casa de los nuevos.

Esa misma noche, Mario se lavaba los dientes. Estaba en polera y short de pijamas; botó la espuma tras una gárgara, seguida de otra más con enjuague. El perro ya dormía en su cobertor los pies de la cama. Lo hacía junto a Mario desde que era un cachorro. Había sido de ambos; de una exnovia y de él. De una relación sin mayor importancia que duró un par de años y en la que la decisión más importante, después de todo, había sido que quién de los dos se iba a quedar con la mascota. Mario lo hizo. Aunque de todas formas ella, después de una blanda oposición, no mostró mayor interés por el asunto. Mario se acomodó junto a la luz de la lámpara y pensó entre ver un rato la televisión o solo dormir. Cuando finalmente se tumbó sobre la cama escuchó que alguien buscaba afuera.

Era una voz delgada. Primero fue un llamado débil y enseguida otro más claro. Levantó la cabeza de la almohada y se cargó sobre su codo. El perro se despertó. Volvieron a llamar y Mario salió de la cama. Llegó hasta la ventana y metió los dedos entre las cortinas. Era una mujer que al verlo hizo una pequeña seña desde la calle. Mario se extrañó, pero abrió la palma para indicarle que lo esperar un segundo. Creyó reconocer a la mujer que estaba con el gordo, pero no estaba seguro. Se puso pantuflas y bajó las escaleras tal como estaba. El perro lo siguió. Llegó a la puerta y la abrió tanto como para que el animal no escapara. Miró desde allí.

—Buenas noches. Soy Viviana, la vecina nueva —dijo la mujer—. Disculpe si lo molesto a esta hora.

—Hola, sí, la recuerdo. Estaba el otro día, en lo del cambio de casa —contestó Mario, confundido.

—Sí, lo vi también.

—Dígame ¿Todo bien?

La mujer pareció pensar en algo importante, pero que quizá no podía dar a entender del todo. Finalmente se animó.

—Hay una fuga en mi baño —dijo—. Se está inundando.

Mario intentó hacerse una idea.

—¿Una fuga?

—Sí, una llave en el baño —insistió Viviana, un tanto afligida—. ¿Podría ayudarme un momento?

Mario miró un segundo a la mujer, que desde allá, con los brazos cruzados sobre su chaleco de hilo moteado, parecía interrogarlo, y que al no escuchar respuesta volvió a decir:

—Ya llamé a un gáster. Después a otro más, pero nada. Lo siento, de verdad.

Mario seguía sin entender del todo el asunto, si bien era claro el motivo, se preguntaba por qué la mujer había acudido precisamente a él. Aunque pensó de inmediato que si ella estaba ahí, era porque el otro tipo no estaba en la casa. Debía no estarlo. El perro se quejaba e intentaba escapar por entre sus piernas. Mario no atinaba a responder.

—Si le preocupa Roberto —volvió a decir Viviana—, él no está.

—¿Roberto es su marido, el de la mudanza?

—Sí, o sea... mi novio.

Mario no respondió, siguió apoyado en el borde de la puerta mirando a la mujer.

—Si usted está molesto... —continuó la mujer—, bueno, por lo que pasó el otro día y todo, créame que a mí no me importó. Aunque si no quiere venir, está bien. Yo... De verdad que está bien.

Mario no entendió por qué la mujer se excusaba, y si bien le habría parecido estúpido acompañarla y que estuviera el tipo, sin dudas la aclaración le resultó sincera y un tanto tranquilizadora, como si hubiera sonado a algo que quiso escuchar en algún momento. Al fin se decidió. Las llaves estaban colgadas detrás de la puerta. Creyó que no era necesario abrigarse, no hacía frío, y la necesidad que tendría la mujer le hizo imaginar que debía ser algo serio para ella. Tomó las llaves y estiró una pierna para empujar al perro hacia atrás, que comenzó a ladrar. Salió rápidamente. Afuera el cielo estaba despejado y una brisa templada parecía refrescar la atmósfera. Algunas estrellas que parpadeaban sobre

una noche plana se fundían con los destellos eléctricos de los postes.

—Gracias —dijo la mujer, menos afligida, cuando Mario se acercaba—. No quise molestarlo, pero vi una luz prendida arriba y creí que no estaría durmiendo.

—No hay problema —dijo Mario al llegar, presentándose con su nombre.

La mujer se dio la vuelta y le explicaba otra vez el problema a Mario, al momento que caminaban a la otra casa, desde la que una luz cálida escapaba por la puerta abierta describiendo los contornos de unas plantas y de los dos peldaños de entrada. Mario la seguía a poca distancia. Viviana no era alta. Tenía cara delgada y una voz fina que demostraba su buena disposición de ánimo, aunque en ese momento se mezclaba con lo que la preocupaba. El baño estaba en el primer piso, era de esos de visitas, que siempre están abajo de las escaleras.

—Roberto me dijo que no lo usáramos porque había una gotera —repuso la mujer—. Primero era pequeña, pero de alguna manera se fue agrandando hasta inundar el baño.

Mario la escuchó un instante, luego empezó a imaginar lo poco probable de que ella pudiera querer realmente al tipo gordo. Quizá siquiera lo soportaba.

—¿Ya le contó a su novio? —preguntó Mario, sin pensar.

Viviana se demoró en responder. Cosa que a Mario le pareció una respuesta a su falta de tino, de la que quiso excusarse.

—Con Roberto no hemos hablado —contestó, con un quiebre de voz que resultó casi imperceptible—. Usted imagina, las cosas no han ido bien, y bueno, pasa. Las cosas son así. Llegamos a esto y... —Viviana, se calló de pronto, como si se hubiera dado cuenta que a Mario no le interesaba escuchar sus asuntos, o que no tenía por qué saberlos. Aunque quizá a ella no le hubiera incomodado seguir hablando.

—Está bien, no se preocupe... Entiendo —se excusó Mario, sin otra idea.

Viviana le dijo que no había problema. Luego ambos siguieron en silencio.

Entraron por un vestíbulo cuadrado que se abría hacia otros dos espacios separados; a un lado el comedor y enfrente, mucho más amplio, el living. Ambos lugares seguían ocupados con cajas amontonadas y muebles embalados en plástico transparente. Esquivaron algunos bultos y llegaron al otro lado, en donde empezaba un pasillo oscuro que al parecer dirigía a las habitaciones del fondo. La mujer palpó el canto de un muro en donde apretó un interruptor. Una luz blanca iluminó esa porción del lugar. Luego

avanzó un poco más y se detuvo frente una puerta de contrachapado que estaba abierta, junto a la que había una llave inglesa, pesada y negra, apoyada sobre un montón de trapos sucios. Mario, que esperaba detrás, miró por sobre los hombros de Viviana. Era un baño pequeño, sin ducha, y una ampolleta que echaba una luz débil sobre las baldosas de los muros, colgaba desde dos cables que salían por una delgada perforación. El agua brotaba por debajo de la taza haciendo un sonido similar a un soplido. El lugar estaba inundado por un par de centímetros.

—Es una fuga —atinó a decir Mario.

—Lo es.

—Puede ser la llave de paso.

—Creo que sí —dijo Viviana, levantando la llave inglesa entre sus dedos delgados—. Tal vez pueda usar esto ¿Sirve?

—Puede ser, pero voy a ver si puedo cerrarla con la mano. Quizá esté oxidada, no más. Si no puedo darle vueltas, veremos.

Mario echó una Mirada. No sabía bien cómo abordar el problema. Al fin dejó las pantuflas a un lado de la puerta y bajó el desnivel que salvaba la altura del baño. Sintió al instante los pies fríos. Dio dos pasos y el movimiento del agua hizo rebotar un sonido disparejo en el espacio. Se agachó junto a la pared con una mano apoyada sobre la tapa de la taza e inclinó la cabeza lo más que pudo. El chorro salía disparado hacia arriba, desde la base de una llave a la que era difícil llegar, pegaba en el muro y resbalaba en un grueso flujo por las baldosas. Mario escuchó a la mujer decir que lo sentía. Él no le respondió, pero estaba todo bien. Solo tenía que lograr girar la llave, aunque no encontraba el ángulo adecuado para hacer fuerza. Se movió otro poco y, casi de costado, pegó el hombro contra la pared. El agua le empapó la polera. Se cargó y deslizó la mano, apretó la manija y la movió lo más que pudo. Nada. Paró un momento. Miró a la mujer que permanecía de pie y miraba la escena, y que volvió a decir que lo sentía mucho. Mario botó aire y volvió a apretar. Esta vez la llave dio medio giro y la fuga bajó de intensidad. Cuando se preparó para volver a apretar, oyó los pasos de la mujer que corrieron por el pasillo. Primero no le dio importancia, pero luego, cuando los oyó venir rápidamente de vuelta, levantó la cabeza. Antes de que pudiera decir nada, Viviana cerró bruscamente la puerta. Mario quiso pararse de un salto, pero tambaleó. Tuvo que esforzarse para hacer el mismo movimiento y llegar a la puerta, en donde la sombra de la mujer se veía a través de la rendija.

—Es Roberto, la camioneta de Roberto —dijo, intentando no alterarse—.

No entiendo. Está afuera, estacionando. No entiendo cómo...

—¿Su novio?

—Por favor, quédese aquí. No haga nada —dijo Viviana, en un susurro que detrás de la puerta sonaba cada vez más impaciente—. Si llega a encontrarlo aquí...

Sin terminar de hablar, sus pasos se perdieron otra vez por el pasillo.

Mierda, dijo Mario, que en un arrebato de cordura terminó de cerrar la llave. El agua dejó de correr. Comprendió bien qué había querido decir Viviana con eso de "si llega a encontrarlo aquí". Aunque no entendía por qué Roberto estaba otra vez en la casa, o quizá nunca se había ido realmente y todo era un engaño de los esposos. No lo creyó así. Tampoco sabía qué pensar. Sus pies estaban a muy poco de quedar sumergidos. La polera mojada se pegaba en su espalda. Se acercó a la puerta y puso una oreja sobre la superficie de la madera.

Unos pasos caían sobre el piso. Imaginó que era Roberto y que traía zapatos o una especie de botas de seguridad. Recordó su cuerpo gordo y alto. Acababa de tirar algo junto a él, tal vez un bolso o una chaqueta gruesa. Otra caja de mudanza. Luego la voz delgada de Viviana le preguntaba que por qué estaba ahí, que qué se creía. Que con qué cara... Roberto le contestó que lo escuchara. Que cómo así, que también era su casa y tenía derecho. Mario escuchaba ambas voces como si rebotaran dentro de un tambor, aunque entendía del todo cada palabra. Se le congelaban los pies y su cuerpo había empezado a sentir el frío del encierro. Se sacó la polera y la tiró sobre el estante de la taza. Afuera hubo un momento de silencio. Mario imaginó que los esposos se miraban a los ojos. O al piso. Que Viviana lloraba en silencio, sin poder decir nada y que el tipo estaría sentado sobre algún bulto, o de pie, acercándose para intentar abrazarla.

—¿Estás bien? —le preguntó de pronto a Viviana.

—¿Qué? ¿Que si estoy bien? —contestó ella, con la voz temblorosa—. Ándate Roberto, ¿quieres? Ándate.

—Escucha, Viviana. Ven, quiero hablar.

Viviana no respondió.

—Vamos, ven —insistió el hombre.

—Ándate, Roberto. Quiero que te vayas ¿Me entiendes?

Roberto soltó una risa gutural, rápida. Como si hubiera tosido.

—¿Me estás echando de mi casa? —Repuso, alterado— ¿Por qué no te vas tú, ah?

Viviana, con la voz totalmente quebrada, soltó un llanto ahogado. No pudo hablar.

—¿Sabes qué voy a hacer? —dijo Roberto— ¿Sabes?

Mario escuchaba lo de los esposos con angustia. De todas formas no tuvo miedo, o quizá sí, pero también por Viviana. Le preocupaba lo que el tipo pudiera hacer con él y la mujer si llegaba a encontrarlo ahí, metido en el baño sin motivos razonables. De pronto oyó que los pasos de Roberto empezaron a andar. Sonaban por todos lados, como si se hubiera puesto a recorrer la casa. Arrastró unos bultos y pareció hacerse paso entre ellos. El andar suave de Viviana iba detrás, mezclándose con su llanto que ya no se molestaba en reprimir. Roberto la amenazaba con ponerla en la calle en ese momento. Lo iba a hacer. Viviana le advirtió un par de veces que parara, que llamaría a los policías. Roberto no contestaba, solo iba de un lado hacia otro moviendo cosas y como si dejara caer otras.

—Huevón infeliz —gritó Viviana una o dos veces, con voz seca, como fuera de sí.

Mario la imaginaba caminando detrás del tipo sin poder hacer nada. Las voces comenzaron a acercarse, se hacían más claras. Los pasos sonaron cada vez más fuerte, y luego más. Casi pasaron frente al baño al subir por las escaleras. Mario creyó que el corazón le saltaría por la boca.

—Ya para, Roberto. Para —decía Viviana, una vez tras otra.

—Ahora mismo te vas. Te voy a poner de culo en la calle —contestaba Roberto.

Y los pasos retumbaron sobre la cabeza de Mario, por las escaleras. Mario pensó en salir. Se arrepintió. Las voces se volvieron sonidos apagados. Ahora se movían rápido por el piso de arriba. Mario estaba helado, sentía que se congelaba. En un momento las pisadas se devolvieron. Se cargaban fuerte sobre los peldaños, como si cayeran sobre ellos. Al llegar abajo, el ruido pareció desaparecer de golpe.

—¿Y eso? —Preguntó Roberto, agitado.

Viviana intentaba hablar, pero hacía sollozos entrecortados.

—¿Qué mierda es eso de ahí? —insistió el hombre.

— Ya para, Roberto, estás vuelto loco. Ándate, por favor —dijo la mujer, como si intentara que el otro no se acercara por ningún motivo.

En ese momento, Mario escuchaba la voz de Viviana más cerca del baño y pensó que ella estaría avanzando hacia la puerta. Pero lo hacía lentamente, como si retrocediera. Los pasos de Roberto la seguían, firmes, como si los cargara a propósito. Las pantuflas, imaginó Mario. Por la mierda. Estiró un brazo y sostuvo la puerta con todas sus fuerzas. Pensó que ya no había nada qué hacer, que no fuera salir por esa puerta y enfrentar a Roberto, aunque era dos palmas más alto que él y el doble de su cuerpo, y que con seguridad barrería el piso con su cara.

—¿De quién son, Viviana?

—Son mías, idiota. Son mías y ándate ahora,

—Córrete —dijo Roberto—, si no te voy a sacar yo.

—No, huevón. No me voy a correr.

Roberto dio unos pasos largos y Viviana se lanzó contra la puerta, como si quisiera cerrarle el paso. Mario dio un salto adentro. La mujer comenzó a llorar nuevamente y junto con gritarle a Roberto que era un idiota, una bestia, parecía empujarlo con todas sus fuerzas. Mario sintió cómo el tipo bufaba, casi junto a él, sin decir nada. Oyó que ambos forcejearon un instante. Mario seguía contra la puerta. El frío lo había puesto a temblar y, por un instante, sintió una especie de resignación. Le preocupó Viviana. La situación completa. Todo.

De pronto la manilla pareció ser apretada con fuerza desde afuera. En ese instante Mario dejó de aguantar y se hizo atrás. La puerta se abrió de golpe. Vio la cara gorda del vecino, ontraída, algo desfigurada por la impresión, intentando una mueca como para modular algo. Mario no logró ver a Viviana, pero la escuchó un poco más atrás. Antes de que lograra articular una palabra, el gordo se abalanzó sobre él y lo llevó contra el muro. Luego al piso. Una mano dura y áspera lo apretó por el cuello con toda su energía. Mario sintió que la garganta se le cerraba. Le faltaba el aire. Vio los dientes amarillos del tipo que se entreabrían para murmurar que lo mataría. El agua volvía inútiles los intentos de Mario por levantarse, que solo atinaba a estirar los brazos para sacarse de encima a Roberto, sin lograrlo. Cuando sintió que la presión le haría saltar los ojos, oyó un golpe seco, como si un palo hubiera rajado un zapallo. Unas gotas de sangre le salpicaron sobre la frente. Roberto cayó a un costado, boca abajo, dejando escapar apenas un hilo de voz que borboteó en el agua. Mario, que jadeaba para intentar tomar el aire otra vez, vio a Viviana

sosteniendo la pesada herramienta entre sus manos, con el pelo revuelto y pegado a la cara humedecida por las lágrimas.